

y á ella llegaron al mediar el dia. Era de piedra y puesta en un sitio todo de peña tajada, salvo el paso por donde habian subido. Maravilláronse mucho que Atahualpa hubiese dejado desamparado aquel punto, donde cien hombres resueltos podian desbaratar un ejército con solo arrojar piedras desde arriba. Mas no habia por qué admirarse de que el Inca, que segun todas las apariencias los esperaba de paz, no guardase aquel derrumbadero, ni les estorbase el camino.

Avisóse á la retaguardia desde allí que podia seguir su marcha sin recelo; y el gobernador avanzó por la tarde hasta otra fortaleza que estaba mas adelante, situada en un lugar casi enteramente desamparado. Allí pasó la noche; pero antes de que espirase el dia, llegó á su presencia un indio enviado por el mensajero que habia despachado anteriormente para el Inca. Este iba á avisarle que en todo el camino que habia andado ninguna gente de guerra habia visto, ni otro estorbo ninguno; que él iba adelante á cumplir con su comision, y que tuviese entendido que al dia siguiente se presentarian á él dos enviados de Atahualpa. Pizarro, entendido esto, no quiso que los embajadores le hallasen con tan poca gente como allí tenia, y avisó á los que quedaban atrás que se apresurasen para juntarse con él. Entretanto siguió su camino, llegó á lo alto de la sierra y mandó plantar allí sus tiendas para esperar á sus compañeros.

Estos llegaron, y poco tiempo despues los mensajeros del Inca, que presentaron al capi-

tan diez reses de su parte, y le dijeron que iban á saber el dia en que pensaba llegar á Caxamalca, para enviarle bastimentos al camino. A este comedimiento respondió Pizarro no menos cortesmente, que iria con toda la brevedad posible. Mandó que se les agasajase y regalase bien, y preguntóles noticias del pais y de la guerra que el Inca sostenia. El Inca, segun ellos, quedaba en Caxamalca sin gente de guerra, porque la habia toda enviado contra el Cuzco: contaron largamente las diferencias de los dos hermanos, y las glorias de su rey, entre ellas la de haber vencido á Huascar y héchole prisionero por medio de sus capitanes, que ya se le traían con las grandes riquezas que le encontraron. A esto, por si acaso era dicho con intencion de espantarle, respondió arrogantemente el capitán castellano, que el rey su señor tenia criados mayores señores que Atahualpa, y tambien capitanes que le habian vencido grandes batallas y preso reyes mas poderosos. Este era quien le enviaba para dar al Inca y á sus vasallos noticia y conocimiento del verdadero Dios; y tal era el objeto que le llevaba á su presencia. Que deseaba ser su amigo y servirle en las guerras que tenia, si de ello era gustoso, y se quedaria en sus dominios, aun cuando sus intentos eran de ir con sus compañeros á buscar la otra mar. En fin, que él iba de paz, si de paz le recibian; y aunque no buscaba la guerra, no rehusaria hacerla, si se la declaraban.

Despedidos aquellos mensajeros, llegó á la noche siguiente el primero que habia buscado á Pizarro de parte del Inca en la estancia de Za-

ran, junto á Caxas y Guacabamba, y llevádo-le el presente de los vasos de piedra. Ahora venia con mayor autoridad: acompañabanle muchos criados, traía vasos de oro en que bebía su vino y con él brindaba á los castellanos, diciéndoles que se quería ir con ellos hasta Caxamalca. Presentó otras diez reses de regalo, hizo algunas preguntas, y hablaba mas desenvueltamente que primero, ensalzando hasta el cielo el poder de su señor. A pocos dias de estar este indio con los castellanos, volvió el mensagero que Pizarro habia enviado al Inca antes de emprender la subida de la sierra, y no bien hubo entrado en el campamento, y avistado al otro indio, cuando se agarró furioso con él y empezó á maltratarle cruelmente. Separólos inmediatamente el gobernador, y preguntado el recién llegado por la causa de aquel atrevimiento: *¿Cómo quereis, contestó, que yo lleve con paciencia ver aquí honrado y regalado por vosotros á este perverso, que no ha venido sino á espiar y á mentiros, mientras que yo, embajador vuestro, ni he podido ver al Inca, ni me han dado de comer, y apenas he podido escapar con la vida, segun me han maltratado?* Refirió en seguida que él habia encontrado á Caxamalca sin gente, y á Atahualpa con su ejército en el campo: que no se le habian dejado ver bajo el pretexto de que estaba recogido ayunando y entregado á sus devociones: que habia hablado con un pariente del Inca, al cual habia referido toda la grandeza, valor y armas de los españoles; pero que aquel indio lo habia tenido todo

en poco, menospreciando por su corto número á los extranjeros. El otro indio replicó, que si en Caxamalca no habia gente, era por dejar sus casas desocupadas á los nuevos huéspedes; y si el Inca estaba en el campo, era porque lo acostumbraba hacer así desde que duraba la guerra. *Tú no has podido verle, añadió dirigiéndose á su adversario, porque ayunaba, y en tal tiempo nadie le ve ni le habla, y si te hubieras aguardado y dicho de parte de quien ibas, él te recibiera y oyera, y te mandara regalar, pues no hay duda en que son pacíficas sus intenciones.*

¿A quién creer? El gobernador segun la propension de su genio, mas cauteloso que confiado, y midiendo la disposicion del Inca por la suya, se inclinaba mas bien á lo que decia el indio amigo, que no al que se decia mensagero. Disimuló sin embargo, en lo que era gran maestro, reprimió y contuvo á su emisario, y siguió honrando y tratando bien al del monarca peruano ¹. Y sin detenerse mas tiempo dió cuanta priesa pudo á su viaje para llegar á Caxamalca, de donde ya no estaba distante. Vieron á la sazón otros mensageros de Atahualpa con bastimentos, que recibió con muestras de mucha gratitud, y con ellos envió á pedir al Inca su amistad, rogándole que procediese de buena fe, y asegurando que por su parte no

¹ El mensagero de Atahualpa venia á lo menos autorizado con los presentes que habia traído en sus dos embajadas. ¿Cuáles eran las credenciales del indio de San Miguel enviado al Inca por Pizarro? Ningunas á la verdad, y en tal caso no es mucho de extrañar que fuese mal recibido.

habría falta en corresponderle con la misma.

De allí á poco se descubrió Caxamalca con sus campos bien labrados y abundosos, los rbaños paciendo á trechos, y de lejos el ejército del Inca acampado á la falda de una sierra en toldos de algodón, y con un aparato no visto antes por los españoles. Como una legua antes de llegar, el gobernador hizo alto para reunir su gente, dividióla en tres trozos, y, señalando á cada uno su capitán, se puso en marcha otra vez y entró en Caxamalca á hora de vísperas del 15 de noviembre de aquel año. No era ciertamente motivo de confianza hallarse con el pueblo sin gente alguna mas que unas pocas mugeres en la plaza, que, según se dice, daban demostraciones claras de la lástima que tenían de aquellos extrangeros por su manifiesta perdicion. Pizarro en consecuencia, despues de reconocido el pueblo, y visto los diferentes puntos que ofrecia para la seguridad, halló que la mejor estacion militar era la plaza, que cercada toda de una pared bastante fuerte y alta, con solas dos puertas que caían á las calles de la ciudad, y aquellas casas para su alojamiento en medio, le ofrecia la mejor y mas oportuna posicion para resguardarse de cualquiera sorpresa, y sostenerse en caso de ataque contra aquella muchedumbre. Si Pizarro, como todo lo manifiesta, concibió al instante el plan de atraer allí al Inca para acorralarle, y apoderarse mas fácilmente de su persona; es preciso confesar que su talento militar era tan pronto en concebir, como su ánimo duro é inexorable en resolver.

Viendo, pues, desierta á Caxamalca, y que el Inca no daba muestras de venir, acordó enviarle á Hernando de Soto con quince caballos, y el intérprete Felipillo, á fin de que le hiciese acatamiento de su parte, y le pidiera que diese las disposiciones que estimase oportunas para que él le fuese á besar las manos, y declararle la comision que llevaba de parte de su señor el rey de Castilla. Soto partió, y el general, contemplando la multitud de indios que el Inca tenia consigo, envió tras él otros veinte caballos para que le hiciesen espaldas, al mando de su hermano Hernando, que fué el que le advirtió el peligro que corrian los primeros si no eran sanas las intenciones de Atahualpa. Uno y otro llevaban orden de conducirse con la mayor circunspeccion y respeto, sin inquietar ni molestar á nadie en su camino.

Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el Inca, de su servidor y amigo el gobernador de los cristianos. Entonces el Inca salió grandemente acompañado y representando magestad y gravedad: sentóse en un rico asiento, y mandó se preguntase á aquel embajador lo que queria. Soto se apeó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo, que don Francisco Pizarro su capitán, deseaba mucho besarle las manos, conocerle personalmente, y darle cuenta de las causas por qué habia ido á aquella tierra, con otros negocios que holgaria saber:

que por eso le habia enviado á saludarle y suplicarle que se sirviese de ir á cenar aquella noche con él á Caxamalca, ó á comer al otro dia, pues aunque extrangero en la tierra, no dejaria de regalarle y obsequiarle con la reverencia y respeto debidos á tan gran príncipe. El Inca contestó, no por sí mismo, sino por medio de un indio principal que á su lado estaba, que agradecia la buena voluntad de su capitán, y que por ser ya tarde, otro dia iria á verse con él en Caxamalca. Soto ofreció decir lo que se le mandaba, y preguntó si habia otras órdenes que llevar. — *Iré*, añadió el Inca, *con mi ejército en orden y armado, mas no tengais pena ni miedo por ello.* Habia ya en esto llegado Hernando Pizarro, y dijo á Atahualpa las mismas razones que Hernando de Soto. Advertido el Inca de que aquel que hablaba era hermano del gobernador, alzó los ojos que hasta entonces por representar gravedad los habia tenido bajos, y le dijo: *Que Mazabelica, un capitan suyo en el rio Turicara, le habia avisado de haber muerto á tres castellanos y un caballo, por haber tratado mal á los caciques del contorno* ¹. *El sin embargo queria ser su amigo, y se iria á ver al otro dia con su hermano el general.* A esto replicó arrogamente el español, que Mazabelica mentia, porque todos los indios de aquel valle eran como mugeres, bastando un solo

¹ De este Mazabelica nada dice Herrera en su relacion anterior. Gomara le mienta como gefe de uno de los distritos por donde pasaron los españoles en su viaje, y como despreciador de ellos en las noticias que daba al Inca.

caballo para toda la tierra, como lo conoceria cuando los viese pelear: añadió que el gobernador era muy su amigo y le ofrecia su ayuda contra cualquiera á quien quisiese hacer guerra. *Cuatro jornadas de aquí*, repuso el Inca, *hay unos indios muy bravos, con quienes yo no puedo, y allí podeis ir á ayudar á los míos. Diez de á caballo enviará el gobernador*, contestó Hernando, *y estos bastarán: tus indios no son necesarios sino para buscar á los que se escondan.* Sonrióse Atahualpa, porque ignorante todavía de las fuerzas y armas castellanas, las razones que oía debieron parecerle baladronadas pueriles.

En esto se presentaron unas cuantas mugeres con vasos de oro en sus manos en que traían la chicha ó vino que ellos hacian del maiz, y por orden del Inca les ofrecieron de beber. Rehusábanlo los castellanos por su repugnancia á aquel brebaje; pero al fin importunados y por no parecer descorteses, lo aceptaron. Y como si quisiesen pagar un agasajo con otro, advirtiendo que el Inca no apartaba los ojos del caballo de Hernando de Soto, este capitan saltó en él, y empezó á escaramucear y á revolverle y corvetear de una parte á otra, haciéndole échar mucha espuma. Miráballo Atahualpa con atencion y maravilla; pero sin mostrar espanto ni recelo alguno, aun cuando Soto acercó alguna vez tanto el caballo que con el resuello le hizo mover los hilos de la borla: y aun se dice que reprendió y castigó á algunos de los suyos, porque se dejaron vencer del temor del animal y huyeron al acercarse á ellos. Despidiéronse, en fin, los

embajadores con el encargo de decir á su general que el Inca iria otro dia á visitarle, y que entretanto se aposentase con su gente en tres de los salones grandes que habia en la plaza, dejando el de en medio para él. Vueltos á Caxamalca dieron cuenta de su comision, ponderando la magestad y entereza del Inca y las fuerzas de su ejército, que á su parecer subiria á mas de treinta mil hombres de guerra. Esto empezó á amedrentar á muchos de los soldados, considerando que eran cerca de doscientos para cada castellano. Pero su general, menos receloso de aquella fuerza aparente, que contento de que el Inca se viniese tan incautamente á poner en sus manos, les dijo que no tuviesen recelo de aquella muchedumbre, la cual en vez de servir á los indios de provecho, iba á ser su perdicion, y que si ellos fuesen hombres como hasta allí lo habian sido, él les aseguraba una felicísima victoria.

Al dia siguiente Atahualpa, despues de avisar al general español que ya iba á verificar su visita, advirtiéndole que á ejemplo de los castellanos que habian ido armados á su real, él tambien llevaria armada su gente, dió la señal de marchar y el ejército se puso en movimiento con direccion á Caxamalca. Iba formado en tres cuerpos, segun las diferentes armas que cada uno de ellos traía. Uno como de doce mil hombres era el delantero, armados de ondas los unos, y otros de pequeñas mazas de cobre guarnecidas de puntas muy agudas. Detrás de ellos otro como de cinco mil, que llevaban astas largas llamadas *aillos*, armadas de lazos corredizos, que

solian servirles para enredar y coger á los hombres y las fieras. El último á retaguardia era el cuerpo de los lanceros, con quienes iban los indios de servicio y el sin número de mugeres que seguian el campo. En el centro se veía al Inca sentado en sus andas tachonadas de oro y guarnecidas de vistosas plumas, y llevado en hombros de los indios mas principales. Su asiento era un tablon de oro, y encima de él un cojin de lana exquisita sembrada de piedras preciosas. Toda esta riqueza, sin embargo, y todo este aparato no daban tanta dignidad y decoro á su persona como la borla encarnada que le caía sobre la frente y le cubria las cejas y las sienas, insignia augusta de los sucesores del Sol, venerada y adorada de aquel inmenso gentío. Trecentos hombres marchaban delante de las andas limpiando el camino de piedras, pajas, y cualquiera estorbo que hubiese. Iban formados los orejones á los lados del monarca, y con ellos algunos indios principales llevados tambien en andas y en hamacas para ostentacion de grandeza. La marcha presentaba un orden concertado al son de las bocinas y atambores, como si fuera una procesion religiosa, y tan despacio andaba, que tardó cuatro horas en la legua que mediaba entre el real y Caxamalca.

Caía ya la tarde, y Pizarro viendo á los indios hacer alto á un cuarto de legua del pueblo, y que empezaban á plantar sus toldos como para acampar allí, temió perder el lance que ya tenia preparado, y envió á rogar al Inca que apresurase su marcha y le viniese á ver antes que llegase la noche. Condescendió Atahualpa

con su ruego, y le contestó que allá iba al instante, y tambien que iba sin armas. Con efecto, dejando en aquel punto todo el grueso de su gente, y tomando consigo como unos cinco á seis mil indios de los de la vanguardia, continuó su camino para entrar en el pueblo, siguiéndole tambien en gran parte los mismos señores principales que le habian acompañado hasta allí. Entretanto el caudillo español daba las últimas órdenes á sus capitanes, y acababa de tomar las disposiciones necesarias para conseguir sus intentos con el menor riesgo posible. Mandó que estuviesen escondidos infantes y caballos en los aposentamientos de en medio: colocó en una eminencia que habia á un lado los mosquetes, al mando de Pedro de Candia, y unos pocos arcabuceros en una torrecilla de una de las casas que dominaba el terreno. Los caballos guarnecidos con pretales de cascabeles para que hiciesen mas ruido, fueron divididos en tres bandas de á veinte cada una, al mando de los capitanes Hernando de Soto, Hernando Pizarro y Sebastian de Belalcazar. Pizarro tomó consigo veinte rodeleros, hombres robustos y valientes á toda prueba, los cuales debian seguirle y ayudarle donde quiera que se dirigiese. A todos se encargó silencio y sosiego hasta que él diese á la artillería la señal de disparar, y con sus veinte esforzados arrimado á las casas, y á la vista de la puerta, se puso á esperar á Atahualpa.

Empiezan, en fin, á entrar los indios en la plaza, ordénanse en ella segun su costumbre, y en medio de ellos el Inca, se pone en pie sobre

sus andas; como registrando el sitio y buscando con la vista á los extranjeros á quienes venia á encontrar. En esto se le presenta con un intérprete el dominicano Valverde, enviado por el gobernador, á hacerle las intimaciones y requerimientos de estilo ¹. Llevaba en una mano una cruz, en la otra la Biblia. Puesto delante del monarca peruano le hizo reverencia, y le santiguó con la cruz, y despues le dijo: que él era sacerdote de Dios, cuyo oficio era predicar y enseñar las cosas que Dios habia puesto en aquel libro, y le mostró la Biblia que llevaba: añadió, segun se dice, alguna cosa de los misterios de la fe cristiana, de la donacion de aquellas regiones hecha por el papa á los reyes de Castilla, y de la obligacion en que el Inca estaba de ponerse á su obediencia; y concluyó diciendo que el gobernador era su amigo, que queria la paz con él y se la ofrecia con la misma voluntad que hasta allí lo habia hecho. Él

¹ El P. Remesal en su Historia de Chiapa dice que 'fué poco afortunado este fraile en escribirse sus sucesos por personas poco afectas á la religion dominicana y á la persona del mismo Valverde, para echarle la culpa, que no tuvo, de la prision del Inca, por las voces que suponen dió quando Atahualpa arrojó la Biblia en el suelo: como sí, aunque hubiera dicho que creía en Dios como San Pedro y San Pablo, dejara de hacer lo que hizo quien antes de enviarle tenia apercebida la gente y á punto los arcabuces y mosquetes para lo que sucedió despues.' - Es probable que la suerte del Inca no hubiera sido otra de la que fué, aunque el mismo Bartolomé de las Casas fuera de Capellan en la expedicion; pero Remesal debiera probar con documentos fidedignos la verdadera conducta de su fraile, el cual, aun por las relaciones antiguas que menos le cargan, y son las que se siguen en el texto, queda siempre con bastante culpa de lo que acació con el Inca. Vease la Historia de Chiapa, lib. IX, cap. 7.

como sacerdote se lo aconsejaba también, pues Dios se ofendía mucho de la guerra, y que entrase á ver al gobernador en su aposento, donde le esperaba para conferenciar con él sobre todos aquellos puntos. Dicho esto presentóle la Biblia, que el Inca tomó en sus manos y volvió algunas hojas, y la arrojó al fin al suelo con muestras de impaciencia y de enojo. Ni el libro, ni en gran parte las palabras del religioso podían en manera alguna ser inteligibles para él, por bien interpretadas que fuesen, lo cual es muy de dudar. Pero lo que sí entendió perfectamente bien, fué lo que se le decía de las intenciones pacíficas de aquellos extrangeros, pues al tiempo de arrojar el libro: *Bien sé, dijo, lo que habeis hecho por ese camino, y como habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohios.* Quiso disculpar el religioso á los suyos echando la culpa á los indios: pero él insistió en su reclamacion, afirmando en que habían de restituir cuanto habían tomado. Entonces Valverde, cobrado su libro, se fué para el gobernador á darle cuenta del mal suceso de su conferencia. Las antiguas memorias varían sobre las razones con que lo hizo; pero todas convienen en que no dejaban tregua al ataque, ni lugar al disimulo. Al mismo tiempo el Inca se volvió á poner en pie y habló á los suyos, de que resultó entre ellos ruido sordo y movimiento, que probablemente fué la causa inmediata de precipitarse la accion, tomando aquel aspecto atroz y espantoso con que ha pasado á los siglos posteriores.

Hace entonces Pizarro la señal, y al instan-

te Pedro de Candia dispara sus mosquetes, los arcabuces le responden, las cajas y trompetas comienzan á sonar, los caballos se arrojan furiosos y embisten por tres partes á aquel murallon de hombres desnudos, y los infantes los siguen haciendo todo cuanto estrago pueden con las lanzas, con las ballestas, con las espadas. Al estruendo tan espantoso y terrible como imprevisto y repentino de armas, hombres y caballos, parecia venirse abajo el cielo, la tierra temblaba, y no quedó entre los indios ni hombre seguro, ni valor en pie. Todos desparvoridos y atónitos, ó recibían pasmados la muerte sin osar moverse, ó buscaban azorados salida para huir, y no encontraban por donde. Tomadas las puertas, alta la muralla, y ahogados confusos y perdidos, se estorbaban y se ahogaban, mientras que los castellanos los herían y mataban á su salvo. No puede en modo alguno darse el nombre de batalla á esta carnicería cruel. Ovejas alanceadas en redil quizá hicieran mas resistencia que la que aquellos infelices opusieron á sus encarnizados enemigos. Tal fué la agonía, en fin, tal la fuerza con que los unos se apiñaron sobre los otros, que la pared no pudo resistir al empuje, y reventó por un lado, abriéndose un portillo que concedió ancha puerta á su fuga. Por allí salieron, y tambien los castellanos que los fueron siguiendo, hasta que la noche y una lluvia que sobrevino puso fin al alcance. La confusion y el estrago fueron mayores hácia la parte donde estaba el Inca. Pizarro con sus veinte rodeleros acometió por aquel lado con intento de apoderarse á toda

costa de la persona del príncipe; bien persuadido de que en esto consistía todo el buen éxito de aquel lance. Allí no se pensó en huir sino en sostener al Inca en las andas á toda costa: herían y mataban, pero derribado uno, entraba otro al instante á suplirle, con un ánimo y un denuedo que admiraba á los españoles y los cansaba también. Es de maravillar ciertamente que aquellos infelices supiesen morir con tal brío, y no acertasen ni á defenderse ni á herir. Cuando Pizarro vió que algunos de sus compañeros dejándolo de herir en los indios se acercaban á las andas, dió voces diciendo que no le matasen, sino que le prendiesen: él mismo hizo entonces un esfuerzo para apoderarse de su presa, y llegado á las andas asió con mano vigorosa de la ropa del Inca y le hizo venir al suelo. Esto terminó la acción, porque los indios no teniendo ya á quien guardar ni respetar, se desparramaron y desaparecieron del todo. Dos mil de ellos fueron muertos, sin que de los castellanos pereciese ninguno, ni aun fuese herido tampoco, sino es Pizarro que recibió una ligera herida en la mano, que un castellano le hizo sin querer al tiempo de extender el brazo para coger á Atahualpa ¹.

El príncipe prisionero fué tratado al prínci-

¹ Para la narración de esta jornada he tenido presente, además de las relaciones conocidas, una carta de Hernando Pizarro á los oidores de Santo Domingo, en que se cuentan todos los sucesos de esta época; y en todo lo que me parecía dudoso he seguido su testimonio como el más sensato y el más autorizado. Este monumento, precioso á todas luces, é inédito hasta ahora, va impreso al fin en el apéndice V.

pio por sus vencedores con todo el miramiento y respeto que á su dignidad se debía. A la fama de que estaba vivo y sin lesión, esparcida de propósito por los españoles, fueron acudiendo muchos indios, dicese que hasta en número de cinco mil, á consolarle y servirle. Y como en el reconocimiento que se hizo del campamento indio al día siguiente de la acción, entre el riquísimo despojo de alhajas de oro y plata, y tejidos de lana y algodón finísimos, se hallasen también muchas mugeres principales, bastantes de la sangre real, y algunas Mamaconas, ó sean vírgenes consagradas al Sol; llevadas también á Caxamalca, y aplicadas al servicio y asistencia de su príncipe, le componían una especie de corte que, en cuanto podía conciliarse con su cautiverio, no desdecía absolutamente de su magestad y dignidad antigua. Ayudaba á ello también la cortesía y respeto con que el gobernador le trataba. Él le alentó y consoló, haciéndole las reflexiones propias de su desgracia y situación; se ofreció á servirle conforme á su grandeza; le dijo que si sabía que alguna de sus mugeres estuviese en poder de algún español, se la mandaría buscar y restituir, y que le avisase de cuanto fuese su voluntad, pues en todo se cumpliría según su deseo. El Inca se mostró agradecido á estos ofrecimientos de Pizarro, y con sus modales, semblante y procedimientos desde que se vió en poder de los españoles, no desmereció jamás aquel trato reverente y respetuoso, ni desdijo un punto de la gravedad y decoro que su carácter le prescribía, diciendo frecuentemente, cuando se trataba de su des-